



sangre que estaba en los tazones, roció sobre el pueblo y dijo: «Esta es la sangre de la alianza que ha concertado el Señor con vosotros sobre todas estas palabras (1).»

Así fué concertada la alianza particular de Dios con el pueblo de Israel. Era esta la aplicación á una nación escogida de esa alianza universal que Dios pactó con Noé, y en él, con todo el género humano, al fin del diluvio y al salir del arca. Esta alianza particular con un solo pueblo debía preparar la renovación y la plenitud de esa primitiva alianza con todos los pueblos. La alianza universal y eterna se cumplirá igualmente por la sangre de una víctima, y esta víctima será Dios mismo.

Se extrañará quizá que en la ley que da á Israel, Dios no habla más que de penas y de recompensas temporales. La admiración cesará, si se piensa que Dios habla á un pueblo, y que no hay pueblo más que en el tiempo.

Habiendo así el pueblo libremente aceptado el pacto divino, sus príncipes, sus representantes son admitidos á la presencia del soberano monarca. Según una orden precedente, Moisés y Aaron, sus dos hijos Nadab y Eliú, y setenta de los ancianos de Israel, subieron al monte y vieron á Dios, y le adoraron de lejos. Debajo de sus pies aparecía como una obra de zafiro, y como el cielo cuando está sereno. Y no extendió su mano sobre los elegidos de Israel, y vieron á Dios y vivieron (2).

El fin de la ley es Cristo, dice San Pablo (3);

(1) Exodo, 24, 3-9.
(2) Ibid., 24, 9-11.
(3) Rom., 10, 4.

de él es de quien dimana. Este Dios que vieron los elegidos de Israel después de la ley escrita, era aparentemente el Verbo de Dios bajo una forma humana, el profeta futuro como Moisés. Hasta entonces, como nos lo enseña el mismo apóstol, había hecho saber la ley á todo el pueblo por el ministerio de los ángeles (1). Ahora se deja ver, no de cerca, sino de lejos; no á toda la multitud, sino á sus elegidos, á sus príncipes. Desde entonces las almas santas y elevadas consideran á Cristo en toda la ley y le adoran en lontananza.

En este momento solemne, el Señor dijo á Moisés: «Sube hácia mí al monte, y estáte allí, y te daré unas tablas de piedra, y la ley y mandamientos que he escrito, para que la enseñes á los hijos de Israel.» Moisés se levantó, pues, con Josué, su ministro, y dijo á los ancianos: «Esperad aquí hasta que volvamos á vosotros. Teneis á Aaron y á Hur con vosotros; si surgiere alguna diferencia, se la referireis.» Y cuando Moisés subió, cubrió una nube el monte, y habitó la gloria del Señor sobre el Sinaí, cubriéndolo con la nube durante seis días; mas el sétimo día le llamó de en medio de la oscuridad. Y la imágen de la gloria del Señor era como un fuego ardiendo sobre la cima del monte, á vista de los hijos de Israel. Y habiendo entrado Moisés en medio de la niebla, subió al monte y estuvo allí cuarenta días y cuarenta noches (2).

(1) Heb., 2.
(2) Exodo., 24, 12-18.



EPOCA SEGUNDA

LIBRO QUINTO

EL PUEBLO DE DIOS EN EL DESIERTO

CAPÍTULO I

El orgullo, escollo de nuestras virtudes.—Necesidad de la enseñanza divina, probada por las contradicciones de los filósofos.—Necesidad de la gracia y peligros de la mera instrucción solamente para la rectitud de la voluntad, probada por el ejemplo de los israelitas.—El becerro de oro.—Prevaricación de Aaron.—Moisés, mediador, figura de Jesucristo.—Quiebra las tablas de la ley y destruye el becerro de oro.—Posibilidad de la fundición del becerro de oro.—Ideas diversas de la multitud en la adoración del becerro de oro.—Tres mil hombres muertos por los levitas.—Cómo esta ejecución podía conciliarse con su carácter.—Sacrificio de Moisés.—Dios se hace reemplazar por un ángel.—El tabernáculo fuera del campamento.—Intimidad de Moisés con Dios.—La vision de Moisés y la vision de Elias.

Hasta entonces, la ley no escrita se conservaba en la vida de los patriarcas; en adelante se leerá además escrita en el libro de Moisés. Se ha hecho de ella la más solemne promulgación, la aceptación de Israel ha sido la más expresa, la sangre de las víctimas consagró sus obligaciones. Pueblo feliz si permanece fiel á ella. ¡Ay! no será, según parece, sino el más prevaricador. Más de una vez nos veremos obligados á condenarle. Quizá lo haremos con una gran justicia; acaso diremos como el fariseo: «Dios mio, os doy gracias por no ser como los demás hombres, en particular como los judíos.»

Es viejo ya este mal; es quizá el origen primero del mal y el gran obstáculo para su curación. Dios es sábio y perfecto por sí mismo. Nosotros podemos llegar á serlo por él, pretendemos serlo por nosotros mismos, en cuyo caso la sabiduría y la virtud no son más que el ali-

mento del orgullo, un título para despreciar á los demás. El filósofo decía: «Basta pedir al Dios supremo lo que él da y quita. Concédame la vida, concédame riquezas; yo mismo me procuraré la virtud (1).» Es necesario pedir á Dios la fortuna y adquirir la sabiduría por sí mismo: tal es, añade, el juicio de todos los mortales (2). Esta última aserción tiene algo de verdad. Respecto de la vida y riquezas, Dios es el dueño de ellas. Todavía le olvidamos voluntariamente, cuando estamos buenos y ricos. Pero por lo que hace á lo que hay de más excelente, la sabiduría y la virtud, pretendemos que es

(1) *Hæc salis est orare Jovem, quæ donat et aufert, del vitam, del opes, æquum mi animum ipse parabo. Horat., epist., l. I, 18.*

(2) *Judicium hoc omnium mortalium est fortunam à Deo petendam, à seipso sumendam esse sapientiam. El estóico Cotta, apud Cic., de Nat. Deor., lib. III.*



fruto de nuestro terreno. Aunque cultivamos el campo, no pensamos, sin embargo, que somos nosotros los que hacemos producir la mies. La vemos depender de muchas cosas, como la lluvia, la sequía, el granizo, los insectos, con las cuales nada podemos. Pero cuando este campo somos nosotros mismos; cuando estos frutos son nuestros pensamientos, nuestras afecciones, nuestras obras; cuando todo, en cierto sentido depende de nuestra voluntad, entonces es fácil atribuirse la gloria del bien, olvidar que somos nosotros el campo de Dios, que El es el que siembra en nosotros los buenos pensamientos, los buenos afectos, las buenas obras, y que si cooperamos libremente á su gracia, es todavía á la gracia á la que les debemos; que, por consiguiente, no tenemos más que un derecho y un deber: condolernos la miseria humana y bendecir la misericordia divina.

Para encaminarnos á ella, son necesarias las lecciones de los siglos y de todos los dias. Dios nos las dará por medio de los filósofos, por medio de los judíos y de nosotros mismos. Si, esos orgullosos filósofos, que se vanagloriaban de encontrarse sólo en ellos la verdad, la sabiduría, la virtud, nos enseñarán á reconocer humildemente, que no depende de ellos ni de nosotros, sino que es un don de la divina misericordia. En efecto: quítese de sus escritos lo que pertenece á ese tesoro de verdades fundamentales que Dios comunicó á los primeros hombres, y las cuales se transmiten con la vida y la palabra como la herencia de todos y de cada uno, ¿qué quedará? Un caos informe de opiniones discordantes, hasta el punto de ser imposible inventar un absurdo que no haya sido sostenido, ni imaginar un vicio que no haya sido deificado. Ciceron lo ha notado como Sócrates; Luciano habla sobre esto como San Pablo. Los filósofos modernos no difieren de sus antecesores. «Yo consultaba los filósofos, dice uno de sus jefes, y les encontraba á todos envanecidos, afirmativos, no ignorando nada, no probando nada, mofándose unos de otros, y en este punto, como en todos, me parecía el único sobre el cual todos tienen razon. Triunfantes cuando atacan, no tienen vigor defendiéndose. Si pesais sus razones, no sirven más

que para destruir; si contais los votos, cada uno se reduce al suyo; no están acordes más que para disputar. Al oírles, no se les tomaria más que por una cuadrilla de charlatanes que gritan cada uno por su lado en una plaza pública: ¡Venid á mí, yo sólo soy el que no engaña! Uno sostiene que no existe cuerpo y que todo es representación de él; otro, que no hay otra sustancia que la materia. Otro avanza más, y dice que no hay vicios ni virtudes, y que el bien y el mal no son más que quimeras; aquel, que los hombres son lobos y pueden comerse sin escrúpulo de conciencia. Cada uno sabe que su sistema no está mejor fundado que los demás; pero le sostiene porque es suyo. No hay ni uno solo que, llegando á descubrir lo verdadero y lo falso, no prefiera la mentira que ha encontrado á la verdad descubierta por otro. ¿En dónde está el filósofo que, por su gloria, no engañará voluntariamente á todo el género humano (1)? Tales son la sabiduría y la virtud que los filósofos antiguos y modernos han encontrado por sí mismos.

En vista de tantas extravagancias y contradicciones, ¿se negará quizá que el espíritu humano tiene necesidad de una enseñanza divina? Hoy, que tanto se trata de educación, no se habla más que de instruir; como si todo consistiera en saber lo que es necesario hacer. Sin duda que es necesario saberlo, pero esto no basta. Un pagano ha dicho: «Una cosa es lo que inspira la codicia, y otra lo que aconseja la razon. Yo quiero lo mejor y lo apruebo; sin embargo, sigo lo peor (2).» Un pagano lo ha dicho, y todos los siglos han aplaudido la verdad de su palabra. Pero esto no es todo; no solamente no basta la ciencia para la virtud, sino que ella sola no hace más que aumentar el vicio. Siempre nos inclinamos á lo que está prohibido, y apetecemos lo que se nos rehusa, del mismo modo que un enfermo anhela el agua que se le veda (3). El mismo lo ha dicho también, y cada uno de nosotros puede hacer mil veces la experiencia. Así pues, la ciencia y la razon, son

(1) J. J. Rousseau.

(2) Ovid., *Métam.*, lib. VII, vers. 20.

(3) *Nititur in vitium semper cupimusque negata, sic interdictis imminet ager aquis.* Ovid., *Amor.*, 3, 4.



buenas, útiles, necesarias; pero solas, aisladas, no curan la debilidad de la voluntad, la corrupción de la carne; es necesaria la gracia de Dios, conseguida por la humildad.

La prueba de ello la tenemos en Israel. Este pueblo tenia en la razon escrita, en la ley, la forma de la ciencia y de la verdad, la regla de lo bueno y de lo mejor. Con esta ley, era el guia de los ciegos, la luz de los que están en tinieblas, el doctor de los ignorantes, el instructor de los pequeños. También cifraba en ella su gloria; también, cuando se le propuso, respondió á una voz: «Haremos todo lo que el Señor ha dicho.» Promesa sincera, porque quería sinceramente cumplirla; promesa engañosa, porque se imaginaba contener en sí misma todo lo que necesitaba para observarla. Él aprenderá á su costa, y para nuestra instruccion, á desconfiar de sí mismo y á confiar sólo en Dios, á decirle humildemente con David: «Inclinad mi corazón á que ejecute vuestras justificaciones por la eterna retribucion; convertidnos, ¡oh Dios, nuestro Salvador! enseñadme á hacer vuestra voluntad, porque vos sois mi Dios (1)! La primera experiencia será de las más aterradoras.»

Viendo el pueblo que tardaba Moisés en bajar del monte, congregado contra Aaron, dijo: «Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros (el hebreo podía significar en rigor: un Dios que marche delante de nosotros), porque no sabemos qué haya acontecido á Moisés, ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto.» Y díjoles Aaron: «Tomad los zarcillos de oro de las orejas de vuestras mujeres é hijos é hijas, y traédmelos.» Y el pueblo hizo lo que le habia sido mandado, llevando á Aaron los zarcillos. Los que habiendo tomado, los vació en un molde, é hizo de ellos un becerro fundido; y dijeron: «Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto, ó más bien, tu Dios, pues no habia más que una representación.» Habiendo visto esto Aaron, edificó un altar delante de él, y gritó á voz de pregonero, diciendo: «Mañana es la solemnidad del Señor.» Y levantándose de mañana, ofrecieron holocaustos

tos y hostias pacíficas, y sentóse el pueblo á comer y beber, y se levantaron á jugar (1).

Con esta breve sencillez cuenta Moisés la gran prevaricacion de los hijos de Israel. «Hicieron un becerro en Horeb, dice David, y adoraron la obra de escultura, y cambiaron su gloria (el verdadero Dios) por la imagen de un becerro que come heno; olvidaron al Dios que los salvó, que habia hecho grandiosidades en Egipto, maravillas en la tierra de Cam y terribles cosas en el mar Rojo (2).»

Se siente el alma herida de estupor viendo al pueblo escogido caer en semejante prevaricacion al pié de este mismo monte en donde habia oído la voz de Dios, y pocos dias despues obligado, con pena de la vida, á no hacer ninguna imagen para adorarla. ¡Y Aaron, el futuro pontífice, es el que pone sus manos en esta prevaricacion! Lo que extrañará todavía más, es que se vea una cosa análoga en el Nuevo Testamento: Cristo escogió doce apóstoles, les instruye durante tres años, la víspera de su muerte les lava los piés, celebra con ellos el sacramento y el sacrificio de la nueva y eterna alianza, les da á comer su carne y á beber su sangre, les instituye sacerdotes en su lugar, les da el más tierno adios, prediciéndoles á todos que uno de ellos le entregaria, que otro le negaria y que todos le abandonarían en aquella misma noche; ellos, por su parte, protestan á ejemplo de Pedro, su jefe, que están prontos á morir con él, y sin embargo, uno de ellos le entrega por treinta piezas de plata; todos le abandonan, y Pedro, su jefe, que habia protestado con tanta firmeza, le niega hasta tres veces, asegura con juramento que no le conocia, asustado por la voz de una criada; y fué necesaria una mirada de Jesús para hacerle volver á entrar en sí mismo y que conociese su falta. ¡Oh misterio de la miseria humana y de la misericordia divina!

Sin embargo, despues de una tan deplorable debilidad por su parte, Dios no retracta las magnificas promesas que ha hecho á uno y á otro: Aaron vendrá á ser el primer pontífice de Is-

(1) Exodo, 33, 1-6.

(2) Ps. 105, 19-22.



rael; Pedro el primer pontífice de la humanidad cristiana; con los patriarcas que les preceden, ellos y sus sucesores formarán esta serie incomparable de pontífices y de doctores, en donde la verdad ha tenido siempre y tendrá un órgano público é infalible. Severos como somos para con los demás, habríamos querido, ó que Aaron y Pedro no se mostrasen tan débiles, ó bien que, mostrándose tales, no fuesen establecidos supremos pastores de la Iglesia. Esto no prueba más que una cosa, y es, que los pensamientos de Dios no son los nuestros. El ejemplo de Aaron y de Pedro debía hacernos ver que jamás el hombre debe fiar en sí mismo ni desconfiar de Dios, porque el que se cree el más fuerte, puede sucumbir á la voz de una criada, y á una tan gran debilidad, Dios puede dar una fuerza contra la cual no prevalecerán jamás los poderes del infierno. Este ejemplo debe también hacer ver á los pontífices y á los pastores que, siendo débiles ellos mismos, deben compadecerse de las debilidades de sus hermanos. «Si, dice San Pablo, todo pontífice tomado de entre los hombres, es puesto á favor de los hombres en aquellas cosas que tocan á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados, de suerte que se pueda condoler de aquellos que ignoran y yerran, por cuanto él también está tocado de enfermedad. Y por esta causa debe, como por el pueblo, así también por sí mismo, ofrecer por los pecados (1).»

Habiendo así prevaricado Israel, el Señor dijo á Moisés sobre el monte: «Anda, baja; pecó tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto. Pronto se han apartado del camino que les mostraste, y se han hecho un becerro de fundición, le han adorado, y ofreciéndole sacrificios, han dicho: «Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto (2).» Dios no dijo ya á Moisés: *mi pueblo*; el pecado había como roto la alianza; sino que dijo: *tu pueblo*. Esta sola palabra hacia comprender á Moisés que este pueblo culpable y desgraciado no tenía que esperar salvación más que por él y por su mediación. Dios se explica más claramente cuando

(1) Heb., 1, 3.
(2) Exodo, 22, 7 y 8.

añade: «Veo que ese pueblo es de dura cerviz. Déjame que se cuaje mi saña contra ellos, y que los deshaga, y te haré caudillo de una gran nación.» ¿Qué quiere significar, observa San Gregorio el Magno, cuando dice á su siervo déjame, sino ponerle en ocasión de que ruegue? Como si le dijera: Mira cuánto valimiento tienes conmigo, que conseguirás cuanto quisieres á favor del pueblo (1). Mas Moisés rogaba al Señor su Dios, diciendo: «¿Por qué, Señor, se enoja tu saña contra tu pueblo, que sacaste de la tierra de Egipto con grande fortaleza y con robusta mano? Que no digan, te ruego, los egipcios: Sacólos con arte para matarlos en los montes, y traerlos de la tierra; sosiéguese tu ira y contened el mal que preparais á tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, á los que juraste por tí mismo, diciendo: Multiplicaré vuestro linaje como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado, la daré á vuestra descendencia, y la poseeréis siempre.» Y aplacóse el Señor para no hacer contra su pueblo el mal que había dicho (2).

Moisés intercedió, no solamente por el pueblo en general, sino en particular por Aaron, contra el cual Dios estaba tan violentamente irritado, y quería destruirlo (3). Moisés, inocente, por su mediación sobre el monte, fué de este modo el salvador del pastor y del rebaño; imagen profética de Jesucristo, que por su mediación sobre el monte, fué el salvador de Pedro, de sus colegas y de todos los hombres; pontífice eterno que, hoy mismo en lo más alto de los cielos, intercede por nosotros. «Porque, dice San Pablo, el pontífice que tenemos no es tal que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades, habiendo sido tentado en todas cosas, á semejanza nuestra, excepto el pecado.»

Habiendo así merecido la gracia de los culpables, Moisés volvió del monte, llevando en su mano las tablas del testimonio, escritas por una y otra parte, y hechas por obra de Dios, y la escritura que había grabada en las tablas era

(1) Greg., *Moral*, lib. IX, c. IX.
(2) Exodo, 22, 11 y 14.
(3) Deut., 9, 20.



de Dios. Mas Josué, oyendo el tumulto del pueblo que daba voces, dijo á Moisés: «Alarido de combate se oye en el campamento.» El cual respondió: «No es clamor de gentes que exhorta al combate, ni vocería de los que compelan á la fuga, sino que yo oigo voces de gentes que cantan.» Y habiéndose acercado al campo, vió el becerro y las danzas; y airado en extremo, arrojó de su mano las tablas, y las quebró al pié del monte. Y arrebatando al becerro que habían hecho, lo quemó y lo redujo á polvo, que arrojó en el torrente que descendía del monte, y dió de beber de él á los hijos de Israel (1).

Los monumentos que subsisten todavía en Egipto, y que se remontan al tiempo de Moisés, hacen ver que los egipcios, y por consiguiente los hebreos, eran entonces extremadamente hábiles para trabajar los metales. Los dorados de aquel tiempo conservan aún hoy toda su frescura. Por otro lado, la química moderna ha encontrado muchos medios muy pronto para reducir el oro á polvo (2).

El becerro de oro era verosíblemente una imitación del buey Apis de los egipcios. La ciencia del Egipto sirvió para manifestar la extravagancia de adorar un ídolo semejante. Después de haber así humillado á todos los hijos de Israel, dirigiéndose Moisés á Aaron, le dijo: «¿Qué es lo que te ha hecho este pueblo, para que acarrearas sobre él un pecado grandísimo?» Al cual él respondió: «No se enoje mi Señor, porque tú has conocido á este pueblo, que es inclinado al mal. Me dijeron: Haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque no sabemos qué haya acontecido á Moisés, que nos sacó de la tierra de Egipto. A los cuales yo dije: ¿Quién de vosotros tiene oro? Trajéronlo y me lo dieron, y lo eché en el fuego y salió este becerro (3).»

El miedo, cuando ha producido un mal, se excusa más todavía. El miedo es el que domina en la conducta de Aaron y en su lenguaje. En efecto, su misma excusa atestigüa contra él la más extraña debilidad. El populacho acaba

(1) Exodo, 22, 15 y 20.
(2) *Letres de quelques juifs*, por M. Guénéé, t. I.
(3) Exodo, 32, 21, 24.

de decirle en tumulto: «Haznos dioses ó un dios que vaya delante de nosotros.» Este populacho era, sin duda en gran parte, esa mezcla de extranjeros que habrían seguido á Israel desde el Egipto. ¿Qué hará? ¿Les recordará la ley que han jurado observar poco antes, y que prohíbe, bajo pena de muerte, semejante impiedad? ¿Pedirá por lo ménos á Dios valor para oponerse? No lo dice en su excusa. Dominado por el miedo, se imagina tomarles mañosamente por el interés, pidiéndoles las joyas que sus mujeres y sus hijas llevaban en sus orejas. Contaba quizá con que estas, por lo ménos, rehusarian, y que esperando algún imprevisto accidente vendría á sacarle de su apuro. Cuando se ve en sus esperanzas engañado, funde las alhajas y forma un becerro. Acaso (¿quién sabe?) quería por esta figura de animal hacer conocer al populacho su extravagancia. Pero también es engañado. La multitud exclama: «¡Hé aquí, Israel, tus dioses ó tu dios que te ha sacado de Egipto!» ¿Qué hacer?

La multitud no desconocía que este no era un dios que les había sacado de la esclavitud. Para recordarles indirectamente que este Dios es el Señor, Aaron construye un altar delante del becerro de oro, y proclama: «Mañana es la fiesta del Señor, la fiesta de Jehová.» Al día siguiente se inmolan holocaustos y otras víctimas; comen, beben, cantan y danzan. ¿Quién podrá decir cuáles fueron entonces los diversos pensamientos de la multitud? Unos quizá adoraban al becerro de oro como á un Dios indeterminado, otros como á Jehová mismo, otros como el símbolo, otros miraban todo esto como una criminal superstición. Desde los espíritus pasaba al punto esta confusión á todo lo demás, y preparaba una completa anarquía (1).

(1) ¿Quién sabe todavía, dice á propósito de este hecho uno de los más hábiles apologistas del cristianismo, quién sabe si en su intención, los honores que tributaban á este simulacro no eran dirigidos al Dios su libertador, y si todo su crimen no fué por adorarle, contra sus prohibiciones, bajo una imagen corporal? Reviste todas las apariencias. Algunos sábios así lo han considerado, y el texto induce con bastante claridad á creerlo así. ¡Oh Israel! exclama este pueblo insensato á vista del ídolo, *hé aquí tu Dios que te ha sacado de Egipto*. Y Aaron, anunciándoles